LA ARQUITECTURA JESUÍTICA EN CASTILLA. ESTADO DE LA CUESTIÓN

ALFONSO RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS | REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

Introducción: los establecimientos de la Provincia de Castilla

Afortunadamente han pasado los tiempos en que la arquitectura de la Compañía de Jesús o era completamente ignorada o, en el caso de aludir a ella en los manuales de Historia del Arte, era erróneamente interpretada como un «estilo» propio, monolítico, generalmente confundido con el Barroco, e impuesto a rajatabla desde Roma a todas las iglesias y domicilios de la Compañía de Jesús.[1] Ni siquiera los propios jesuitas se habían preocupado de este problema, si no fue excepcional y pioneramente el P. Joseph Braun quien, en la primera década del siglo XX, escribió sendas monografías que examinaban la arquitectura de la Compañía en los Países Bajos, Alemania y España,[2] llegando a la conclusión de que, fuera de unos principios y esquemas generales que atañían no al estilo artístico propiamente dicho, sino a la funcionalidad de iglesias y colegios según el uso de la Compañía y que debían ser observados por todos –el llamado *modo nostro*–, la Compañía había tenido las manos libres para edificar, disponer y decorar sus edificios según las costumbres, reglas, maneras y atavismos propios de las épocas, continentes, países y regiones en las que llegó a implantarse por todo el mundo. Creo que esta postura es la que ha sido adoptada desde entonces y se va viendo corroborada por los crecientes estudios generales o monográficos, nacionales o

[1] Galassi Paluzzi, G., *Storia segreta dello Stile dei Gesuiti*, Roma, Francesco Mondini editore, 1951; Dainville, F. de, «La Legende du style jesuite», *Etudes,* París, 287, 1955, pp. 3-25; Bailey, G. A., «*Le stile jésuite n'existe pas*: Jesuit corporate culture and the visual arts», en O'Malley, J. W., Bailey, G. A., Harris, S. J. y Kennedy, T. F. (eds.), *The Jesuits. Cultures, sciences and the arts 1540-1773*, Toronto, Buffalo, London, University of Toronto Press, 1999, pp. 38-89.

[2] Braun, J., *Spaniens alte Jesuitenkirchen,* Freiburg im Breisgau, Herder, 1913. Anteriormente había publicado en 1907, en la misma editorial, el tomo dedicado a las iglesias de la Compañía de Jesús en Bélgica, y en 1910 los dos tomos dedicados a las iglesias de Alemania.

regionales, y por los simposios, congresos y exposiciones consagrados en la actualidad al tema de la arquitectura de la Compañía de Jesús.[3] Hay que felicitarse, pues, por este interés generalizado que está alcanzado en los últimos años el tema que hoy nos ocupa, y del que es prueba fehaciente este Simposio Internacional que ha organizado la Universidad de Zaragoza.

En 1547 la Compañía de Jesús se estableció en España, estableciendo una única Provincia religiosa que englobaba los escasos edificios erigidos en todas las regiones de la península. El rápido aumento del número de jesuitas que, a la muerte del fundador, San Ignacio de Loyola, contaban ya con una treintena de casas, había obligado a que en 1554 la única Provincia se fraccionara en tres: las de Castilla, Aragón y Andalucía. En 1563 se desgajó la de Toledo de la de Andalucía, formando entidad jurídica independiente, con lo que se alcanzó el número definitivo de cuatro Provincias, que así permaneció hasta la expulsión de la Compañía por Carlos III en 1767. Por lo que atañe a la antigua Provincia de Castilla, comprendía entonces las siguientes regiones: Castilla la Vieja, las Vascongadas, Navarra, La Rioja, Cantabria, Asturias y Galicia, siendo, por tanto una de las más grandes de la península. En este vasto territorio la Compañía llegó a tener hasta 35 establecimientos, entre colegios, casas profesas, residencias, noviciados y casas de Ejercicios Espirituales. Los había, por orden alfabético, no cronológico o de fundación, en Arévalo (Segovia), Ávila, Azcoitia (Guipúzcoa), Bilbao, Burgos, La Coruña, León, Lequeitio (Vizcaya), Logroño, Loyola (Guipúzcoa), Medina del Campo (Valladolid), Monforte de Lemos (Lugo) Monterrey (Orense), Oñate (Guipúzcoa), Orduña (Vizcaya), Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Pontevedra, Salamanca, San Sebastián, Santander, Santiago de Compostela, Segovia, Soria, Tudela (Navarra), Valladolid (tres establecimientos), Vergara (Guipúzcoa), Villafranca del Bierzo (León), Villagarcía de Campos (Valladolid), Vitoria y Zamora; es decir, en todas las capitales de provincia de las regiones designadas y aun en muchas villas y pueblos entonces importantes. Por otro lado, los sujetos que habitaban tales establecimientos aumentaron desde los 300 contabilizados en 1570 hasta los 800 durante el extrañamiento por Carlos III.[4]

[3] Son varios los volúmenes que ha editado y sigue editando el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en Roma sobre estos asuntos, entre los que quiero destacar el valioso inventario de VALLERY-RADOT, J., *Le recueil des plans d'édifices de la Compagnie de Jésus conservé à la Bibliothèque Nationale de Paris*, Roma, Institutum Historicum S. I., 1960. Es también de justicia recordar el coloquio pionero organizado por WITTKOWER, R. y JAFFE, I. B., titulado *Baroque Art. The Jesuit contribution*, Nueva York, Fordhan Universty Press, 1972, al que han seguido otros muchos en distintas naciones de Europa.

[4] HAMY, A., *Documents pour servir a l'histoire des domiciles de la Compagnie de Jésus dans le monde entier de 1543 a l773*, Paris, 189?; GUGLIERI NAVARRO, A., *Documentos de la Compañía de Jesús en el Archivo Nacional*, *Razón y Fe*, Madrid, 1967; RIVETRA VÁZQUEZ, E., «Crónica general de la Provincia de Castilla», en *San Ignacio de Loyola y la Provincia Jesuítica de Castilla*, Santander, Sal Terrae, 1991, pp. 129-411.

No todas las iglesias y casas enumeradas tuvieron la misma importancia desde el punto de vista arquitectónico y artístico. Además, el extrañamiento de los jesuitas e incautación de sus templos y domicilios por el gobierno de Carlos III produjo, como en otras partes de España, su desaparición unas veces o su absoluta transformación en otras. Por regla general se han conservado mejor las iglesias, traspasadas a otras órdenes y comunidades religiosas o convertidas en parroquias, pero los edificios de los colegios, aun los que se mantuvieron en pie por su calidad arquitectónica, son hoy en su mayoría irreconocibles en virtud de las reformas llevadas a cabo para acomodarlos a usos totalmente diferentes de los de su primitivo destino. Por otra parte, ya se sabe que los papeles y documentos de los jesuitas españoles se dispersaron en un tanto por ciento muy elevado, yendo a parar unos, los hacendísticos, al Archivo Histórico Nacional; otros los históricos y literarios, a la Real Academia de la Historia, y otros, los relativos a incautación de cuadros y obras de arte, a la Real Academia de Bellas Artes. En el Archivo Central de la Compañía de Jesús *(Archivum Historicum Societatis Iesu)* se han preservado muchas cartas intercambiadas entre el P. General y los superiores y súbditos de las casas de la Compañía, que por lo general dicen muy poco de la construcción de las iglesias y edificios y, además, las correspondientes al siglo XVIII han desaparecido en su mayor parte o fueron intencionadamente destruidas en vista de las sañudas persecuciones contra los jesuitas que empezaban a levantarse por parte de los monarcas borbónicos. La dispersión y pérdida de croquis, planos, alzados y perfiles arquitectónicos y ornamentales de las iglesias y edificios de la Compañía en España ha sido lamentable, habiéndose recogido una pequeña parte de los conservados en el inventario mencionado de Jean Vallery-Radot, completado por Edmond Lamalle, que por desgracia realizaron las fichas catalográficas, pero no publicaron fotografías de todos y cada uno de los planos y diseños. Muy útiles para la Provincia de Aragón han sido las copias de plantas de muchos colegios de este reino, ya inexistentes o profundamente modificados, realizadas entre 1735-1745 por el hermano Antonio Forcada, antes de ser destinado a la Provincia del Río de la Plata: dichas plantas fueron publicadas diligentemente por el P. Guillermo Furlong.[5] Diré en particular, por lo que toca a la antigua Provincia de Castilla, que se escribió una *Historia de la Provincia de Castilla* por parte del P. Pedro de Valdivia, de la que existen copias manuscritas, pero que apenas dice nada de la construcción de las iglesias y edificios. Pese a los esfuerzos que han realizado los jesuitas de la antigua Provincia de Castilla por recuperar u obtener copias de los documentos gráficos o literarios perdidos o

[5] FURLONG, G., «Algunos planos de iglesias y colegios de la Compañía de Jesús en España», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 1959, pp. 205-219. Los únicos planos no referidos a colegios e iglesias de la Provincia de Aragón fueron los de la iglesia y Colegio Imperial de Madrid y del Colegio de Cádiz, que copió de camino hacia el puerto de Cádiz, donde se embarcó hacia América del Sur.

desperdigados, no han podido encontrar más que algunos pocos, casi siempre de carácter histórico pero no artístico, hoy reunidos en el Archivo del Santuario de Loyola (Guipúzcoa).

En razón de todo ello creo que es por lo que no se ha efectuado un estudio metódico y sistemático, ni quizás probablemente se podrá hacer, de todo el conjunto de casas e iglesias de la antigua Provincia jesuítica de Castilla. En cambio sí existen monografías de algunas de las más importantes, artículos de investigación de muchas otras de ellas publicados en revistas, y acopio de datos y documentos aparecidos en Catálogos Monumentales (por ejemplo, de los excelentes de las provincias de Valladolid, Vitoria y Navarra). Por el contrario, a veces existen estudios sobre colegios y domicilios de la Compañía en Castilla que versan casi absolutamente sobre la historia, espiritualidad, actividades ministeriales y apostólicas, biografía de los sujetos que vivieron en tal o cual otro edificio, pero que no le dan la debida importancia al edificio en sí que los albergaba ni a la iglesia donde ejercitaron principalmente sus ministerios. Por ejemplo, el excelente librito de Javier Burrieza sobre la historia del Colegio de los Ingleses, regentado por los jesuitas, el único que se ha conservado intacto en la ciudad de Valladolid de los numerosos que hubo en Castilla y Andalucía de sacerdotes ingleses, escoceses e irlandeses, hace de pasada una breve referencia al edificio, aunque sí enumera con alguna atención algunas obras de arte que en él se conservan.[6] Lo mismo podría afirmarse del dedicado al Noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid), punto de arranque de la arquitectura jesuítica en Castilla, como veremos, escrito por Conrado Pérez Picón, quien, a pesar de su título, no hace excesivo hincapié en la arquitectura de su iglesia, lo único de él que se ha conservado.[7] Todo lo contrario sucede con el modélico volumen que estudia sistemáticamente los seis colegios que tuvo la Compañía en Galicia, que fue la tesis doctoral de Evaristo Rivera Vázquez leída en la Universidad de Santiago de Compostela, donde no sólo se aborda la historia muy pormenorizada de todos ellos desde el punto de vista pastoral y pedagógico, sino también del artístico, analizando cuanta bibliografía y documentos a este respecto pudo rebuscar en distintos archivos.[8]

---

[6] Burrieza Sánchez, J., *Una isla de Inglaterra en Castilla*, Valladolid, 2002. Este mismo autor es el responsable de buena parte del interesante libro Egido, T. (coord.), *Los Jesuitas en España y en el Nuevo Mundo*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 28-223, espec. pp. 89-96.

[7] Pérez Picón, C., *Villagarcía de Campos. Estudio histórico-artístico*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1982.

[8] Rivera Vázquez, E., *Galicia y los Jesuitas. Sus colegios y enseñanza en los siglos XVI al XVIII*, La Coruña, Fundación Barrié de la Maza e Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos, 1989.

El prototipo de la Colegiata de Villagarcía de Campos y su secuela

A mi modo de ver, en cada Provincia jesuítica española hubo, o acabó por imponerse, un modelo de iglesia, al menos por un largo espacio de tiempo; en el caso de la de Castilla ésta fue la iglesia del Noviciado de Villagarcía de Campos. El Noviciado fue fundación de la noble dama doña Magdalena de Ulloa, viuda de don Luis Quijada, mayordomo del emperador Carlos V, quien murió heroicamente durante la guerra contra los moriscos de Granada, y en cuya memoria estableció la fundación; su iglesia, elevada al rango de Colegiata y dedicada a San Luis IX, rey de Francia, serviría de mausoleo a don Luis y a su esposa. El matrimonio había educado secretamente en su castillo de Villagarcía de Campos al hijo ilegítimo del César, don Juan de Austria, hasta que fue presentado a su hermanastro Felipe II. Fue esta señora muy devota de la Compañía, hasta tal punto que ayudó a la fundación de otros dos colegios en las ciudades de Santander y Oviedo.[9] Esto nos llevaría a desbrozar el tema del mecenazgo, que ahora está tan en boga en los estudios de Historia del Arte, pero ello nos conduciría demasiado lejos. Únicamente apuntaré que hubo patronos de las fundaciones jesuíticas en Castilla pertenecientes a todos los grados y categorías sociales, desde la burguesía de comerciantes y banqueros, la alta y mediana nobleza, el alto clero, hasta culminar en el patrocinio de la Corona. Los nombres de algunos de estos patronos irán saltando a los largo de estas páginas. No existe un estudio específico general sobre este asunto, pero es muy recomendable el reciente ensayo de Lozano Navarro en el que demuestra los tremendos y tenaces esfuerzos realizados por la Compañía por conquistar poder e influencia entre los miembros de las más altas clases sociales y del gobierno mediante la labor de confesores, consejeros y pedagogos, desde pasar de ser una orden religiosa, apenas conocida y muchas veces sospechosa a los ojos de Carlos V y Felipe II, hasta convertirse en la más influyente en la corte y sus círculos desde el reinado de Felipe III en adelante.[10] La paulatina conquista del poder por la Compañía se tradujo obviamente en la multiplicidad de fundaciones jesuíticas, cuyos patronos revertían en signo de su propio prestigio. También de ahí se sigue que los edificios edificados en el último cuarto del siglo XVI fueran o provisionales, demasiado simples o sin excesivo interés artístico, como el del Colegio de Santiago en Medina del Campo, pese a haber sido costeado por el notable banquero medinés don Rodrigo de Dueñas y haber participado en su fundación y traza San Francisco de Borja y el P. Bartolomé de Bustamante.[11] En cambio a lo largo del XVII, a medida que la

[9] VV.AA., *Doña Magdalena de Ulloa, mujer de Luis Quixada, 1598-1998*, Valladolid, Diputación Provincial, 1998.

[10] Lozano Navarro, J., *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid, Cátedra, 2005.

[11] Rodríguez G. de Ceballos, A., *Bartolomé de Bustamante y los orígenes de la arquitectura jesuítica en España*, Roma, Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, 1967, pp. 57-77.

influencia de la Compañía fue creciendo, las iglesias y edificios se convirtieron por lo general en construcciones suntuosas, donde a veces, como acusaban los Padres Generales y Superiores de la Orden, no tenían otro remedio que plegarse a los caprichos artísticos y al gusto de los opulentos fundadores.

Pero volvamos al Noviciado de Villagarcía de Campos, del que desgraciadamente desapareció el edificio de vivienda, conservándose únicamente la Colegiata. Doña Magdalena de Ulloa encomendó los planos al acreditado arquitecto castellano Rodrigo Gil de Hontañón, quien diseñó una iglesia de estructura y decoración goticista, pero de planta de cruz latina, de una sola y amplia nave con capillas colaterales entre los contrafuertes, poniendo en práctica el modelo de templo que denominó B en su breve tratado *Compendio de architectura y simetría de los templos*, apropiado para un lugar de mediana vecindad.[12] Dicho modelo se acomodaba perfectamente al *modo nostro*, es decir al uso de los ministerios específicos de la Compañía. Por una serie de avatares que no voy a detallar aquí, esta iglesia goticista fue transformada, conservando su planta, en un templo de estilo clasicista-herreriano por obra de Pedro de Tolosa, uno de los primeros aparejadores de El Escorial con Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera [fig. 1].[13] Los jesuitas, que al principio no contaban con maestros de obras propios, hicieron de la construcción de esta iglesia, según los alzados y perfiles de Pedro de Tolosa, un taller donde aprendieron el arte de la albañilería y cantería. Por ello fueron abundantes los llamados hermanos coadjutores, quienes allí se ampararon en los principios estéticos del clasicismo herreriano; algunos de ellos se convirtieron más adelante en magníficos arquitectos como Juan de Tolosa, Andrés Ruiz, Juan de Bustamante, etc. A esto se sumó la incorporación al taller del artista italiano Giuseppe Valeriano, traído a Palencia por el obispo don Francisco Reinoso para construir su capilla funeraria. Valeriano, después de practicar los Ejercicios Espirituales ignacianos, ingresó como novicio en Villagarcía y fue luego nombrado visitador de las obras de las iglesias y edificios en curso en Castilla y Andalucía, consultando a cada paso sus proyectos con el propio maestro de las obras reales, Juan de Herrera [fig. 2].[14]

[12] Publicado como apéndice por Pereda de la Reguera, M., *Rodrigo Gil de Hontañón*, Santander, Imprenta de la Librería Moderna, 1951, cap. 2, pp. 13-14.

[13] Véanse más detalles en García Chico, E., *El Arte en Castilla. La Colegiata de Medina del Campo y otros estudios*, Valladolid, Gráficas Andrés Martín, 1957, pp. 65-85; García Chico, E., *Catálogo Monumental de Valladolid. Partido judicial de Medina de Ríoseco*, Valladolid, Diputación Provincial, 1959, pp. 122-167; García Chico, E., «Los artífices de la Colegiata de Villagarcía de Campos», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XX, Valladolid, 1955, pp. 36-49; Martín González, J. J., «La Colegiata de Villagarcía de Campos y la arquitectura herreriana», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología,* Valladolid, 1957, pp. 19-40; Rodríguez G. de Ceballos, A., «Planos para la Colegiata de Villagarcía de Campos», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, Valladolid, 1970, pp. 293-299; Bustamante García, A., *La arquitectura clasicista del foco vallisoletano*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1983, pp. 226-237.

[14] Rodríguez G. de Ceballos, A., «Juan de Herrera y los Jesuitas: Valeriano, Villalpando, Ruiz y Tolosa», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, XXXV, Roma, 1966, pp. 19-30; Pirri, P., *Giuseppe Valeriano, architetto e pittore*, Roma, Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, 1979.

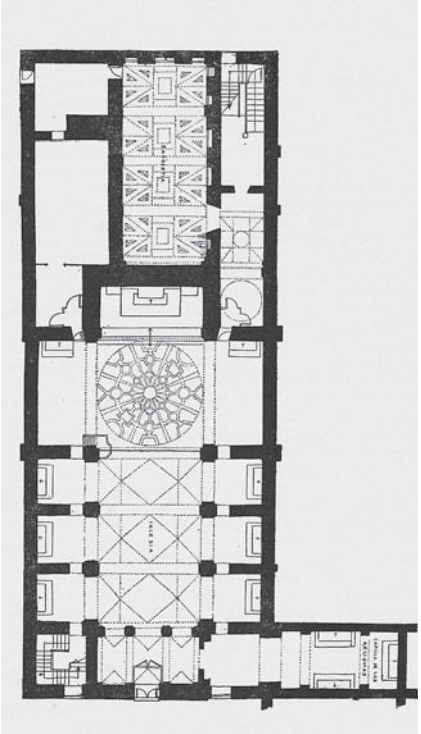

Fig. 1. Planta de la Colegiata de Villagarcía de Campos.

Fig. 2. Interior de la Colegiata de Villagarcía.

En consecuencia, era lógico que estos arquitectos y maestros de cantería jesuitas adoptaran el modelo villagarciano de iglesia en muchos otros templos que construyeron a continuación. No obsta lo dicho para dejar sentado un principio de validez general: fueron más bien los patronos de las fundaciones jesuíticas los que designaron los arquitectos que se habían de encargar de las iglesias y edificios que costeaban, imponiendo, a veces, fuertemente, sus gustos y preferencias. Sin embargo la Compañía, aunque flexible en lo tocante a técnicas, formas y estilos, que solían ser el dominante en la región o comarca donde se implantaban, exigía a rajatabla que los planos se acomodasen a la funcionalidad o modo propio suyo. Por esta causa, aunque las plantas, alzados y perfiles fueran proporcionados por los arquitectos elegidos por los patronos, la Compañía colocaba junto a ellos maestros de albañilería, cantería y carpintería propios, no sólo en razón del ahorro de salarios y gastos, sino porque éstos podían llevar a cabo, con mayor conocimiento de causa, los requisitos mínimos que la Compañía requería en sus casas y templos.

Fig. 3. Fachada de la Iglesia de Santander.

Fig. 4. Interior de la Iglesia de San Ignacio de Valladolid.

Resulta, pues, lógico que las iglesias de los colegios de Santander [fig. 3] y Oviedo,[15] fundados por la misma doña Magdalena de Ulloa, siguieran el modelo villagarciano, teniendo además presente el tremendo impacto que produjo en toda Castilla el clasicismo herreriano a través de la catedral de Valladolid. También las iglesias de la Casa Profesa de Valladolid [fig. 4], del Colegio de Bilbao, del Colegio de Palencia, todas ellas actualmente parroquias, así como del Colegio de Segovia, ahora iglesia del Seminario, se acomodaron a idéntico modelo.[16] No puedo entrar en detalles de dichos edificios, sino que prefiero fijar mi atención especialmente en uno de los más grandiosos y monumentales

[15] PATATAC, J. M. y MARTÍNEZ, E., *Historia del Colegio de San Matías de Oviedo*, Gijón, edición fotocopiada, 1987; PASTOR CRIADO, M. I., *Arquitectura purista en Asturias*, Oviedo, Principado de Asturias, 1987, pp. 157-168. Sobre el Colegio de la Compañía de Santander escribe LOSADA VAREA, C., en *La arquitectura en el otoño del Renacimiento. Juan de Naveda, 1590-1638*, Santander, Universidad de Cantabria, 2007, pp. 247-250.

[16] Sobre la Casa Profesa de Valladolid, ahora parroquia de San Miguel y San Julián, véase MARTÍN GONZÁLEZ, J. J. y URREA FERNÁNDEZ, J., Ca*tálogo Monumental de la Provincia de Valladolid. Monumentos religiosos de la ciudad de Valladolid*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1985, I, pp. 108-128. Acerca de la iglesia del colegio de Palencia, hoy parroquia y santuario de Nuestra Señora de la Calle, véase MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., «Producción artística de los Jesuitas en Palencia», en *2.º Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, Diputación Provincial, 1979. De la iglesia de Bilbao, parroquia de los Santos Juanes, no conozco otra referencia que la muy laudatoria que hace de pasada CHUECA, F., en el capítulo de su libro *La Catedral de Valladolid*, Madrid, 1947, pp. 165-175, dedicado a comprobar su influjo en la región. Sobre el colegio e iglesia de Segovia, hoy Seminario Conciliar, comenzada por Andrés Ruiz y continuada por Diego de Matienzo y Diego de Sisniega, además de la bibliografía citada en mi artículo (nota n.º 13), véase ALONSO RUIZ, B., «El Seminario de Segovia. Diego Gómez de Sisniega y su aparejador Francisco de Isla», en *Actas del VII Congreso del Comité Español de Historia del Arte,* Mérida, Universidad de Extremadura, 1992, pp. 167-172.

Fig. 5. Fachada del Colegio de Monforte de Lemos.

edificios que tuvo la Provincia de Castilla, el de Monforte de Lemos, hasta el punto de ser denominado, y no sin razón, el «Escorial de Galicia».

El Colegio de la Virgen de la Antigua en Monforte de Lemos

Fue fundado por el cardenal don Rodrigo de Castro, de la poderosa rama de los condes de Lemos, cardenal-arzobispo de Sevilla, quien encargó la traza al arquitecto de la diócesis hispalense, el italiano Veremondo Resta, quien diseñó en 1593 la llamada «traza universal» del inmueble, que se extendía por un vasto espacio a las afueras de la población y que comprendía la iglesia en el centro y a ambos lados dos inmensas alas que incluían cada una un patio, a la derecha el destinado a morada de la comunidad jesuítica y el de la izquierda a contener las aulas y vivienda de los colegiales [fig. 5]. Detrás, según el P. Valdivia en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Castilla*, estaban previstos otros patios de servicios que no llegaron a edificarse nunca. Pero Veremondo Resta se vio asistido en la elaboración de la traza por el hermano Andrés Ruiz, uno de los maestros de obras formado en Villagarcía y que había trabajado igualmente en la Casa Profesa de Valladolid y los Colegios de Segovia y primitivo de Salamanca, y cuando Resta, tras pocos meses de estancia, abandonó Monforte de Lemos, tomó en firme y controló toda la dirección de la obra. Fallecido el cardenal fundador en 1600, la construcción fue alenta-

Fg. 6. Iglesia del Colegio de Monforte.

da e impulsada por su sobrina doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, hermana del duque de Lerma y esposa del VI Conde de Lemos don Fernando Ruiz de Castro, devotísima de los jesuitas por ser nieta de San Francisco de Borja. Esta señora era muy docta y entendida en arquitectura, pues además de contar en su biblioteca varios tratados de esa materia, así lo atestiguó nada menos que Domenico Fontana en la carta que le escribió en 1604 mientras su esposo era virrey de Nápoles y estaba haciendo construir el nuevo Palacio Real de aquella ciudad; de ella llegó a decir que *come in ogni professione e lodatissima, in questa della architettura si dimostra admirabile in modo che col meraviglioso ingegno et giuditio di detta Eccellentissima Signora Donna Caterina furono i disegni* [del Palacio Real] *moderati e ridotti nella forma che stanno al presente.*[17] Pues bien, esta doña Catalína de Zúñiga puso toda su confianza en el hermano Ruiz de quien escribía, que *era maestro zorro y sabía más de arquitectura de cuantos hay en la Compañía.*[18] Sucesores de Ruiz fueron otros hermanos coadjutores de la Compañía, los hermanos Juan de Tolosa y Juan Bustamante, que asimismo se había formado en Villagarcía y había colaborado en los Colegios de Oviedo y en Salamanca. Tan gigantesco edificio, como el Nuestra Señora de la Antigua, de Monforte, prolongó su construcción

[17] De Cavi, S., *Architecture and Royal Presence. Domenico and Giulio Cesare Fontana in Spanish Naples (1592-1627)*, Cambridge, Scholars Publishing, 2009, p. 204, nota n.º 151; Barbeito Carneiro, M. I., «La biblioteca de la VI Condesa de Lemos», en *Varia Bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz,* Kassel, Rodopi, 1988, pp. 67-83. Sobre el mecenazgo del VII Conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro, igualmente virrey de Nápoles hasta 1616, véase De Miranda, G., «Il Vicere letterato. Mecenatismo artistico e religioso di Pedro Fernéndez de Casto tra Madrid, Napoli e Monforte de Lemos», en Colomer, J. L. (ed.), *España y Nápoles. Coleccionismo y mecenazgo virreinales en Nápoles,* Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009, pp. 215-227.

[18] Rivera Vázquez, E., *Galicia y…*, *op. cit.*, p. 281, nota n.º 8.

hasta casi la extinción de la Compañía en el siglo XVIII y nunca fue enteramente rematado. En la segunda mitad del XVII se hizo cargo de la edificación del cuerpo, cúpula y torres de la iglesia el arquitecto seglar Simón de Monasterio [fig. 6], quien, sin embargo, había dirigido anteriormente, por un breve período, la construcción del Colegio Real de la Compañía en Salamanca, trazado, como veremos, por el maestro de la obras reales Juan Gómez de Mora. Él fue quien acabó de imprimir al colegio monfortino su impronta clasicista herreriana, culminando el proceso que los jesuitas habían comenzado en Villagarcía de Campos.[19]

Cambio de dirección: el Colegio Real de Salamanca

Otro ejemplo singular de arquitectura de la Provincia jesuítica en Castilla es el colosal Colegio Real del Espíritu Santo, quizá el establecimiento de más envergadura física y aun artística que poseyó la Compañía en toda la península. Ya aseveré anteriormente que los jesuitas no encontraron el pleno reconocimiento oficial de la Corona hasta el reinado de Felipe III. Fue este monarca devotísimo de la Compañía y más aún su esposa, la reina Margarita de Austria, educada por los jesuitas desde su niñez en la corte de Graz (Austria), quien trajo consigo a Madrid a su confesor y consejero austríaco el P. Richard Haller.[20] Fue éste quien aconsejó a la reina que dotase y costease, como fundadora, un enorme colegio que había de servir de seminario donde se formasen intelectualmente no sólo los jesuitas de la Provincia castellana, sino especialmente aquellos que fuesen a misionar en las inmensas posesiones ultramarinas del imperio español. El rey asintió plenamente a esta fundación y ordenó, después de la muerte de su esposa, que se cumpliese su voluntad punto por punto, y, por ello, la pareja real fue considerada como cofundadora del nuevo colegio.

[19] El colegio de Monforte ha sido muy estudiado, en primer lugar por Cotarelo Valledor, A., en la obra en dos volúmenes *El Cardenal Rodrigo de Castro y su fundación de Monforte de Lemos*, Madrid, Instituto de España, 1946, y recientemente por Rivera Vázquez, E., *Galicia y…*, *op. cit.*, pp. 279-324. Véase además Checa Cremades, F., «El mecenazgo artístico del Cardenal Rodrigo de Castro», en *Galicia no Tempo,* Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1991, pp. 261-272; Rodríguez G. de Ceballos, A., «Don Rodrigo de Castro, humanista, coleccionista y mecenas de las artes», en X*ornadas sobre o Cardenal Rodrigo de Castro*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1991, pp. 85-97; Rodríguez G. de Ceballos, A., «Veremondo Resta y la fundación del Cardenal de Sevilla, don Rodrigo de Castro, en Monforte de Lemos», *Archivo Hispalense*, 252, Sevilla, 2000, pp. 163-174.

[20] Sobre el asunto de los confesores y consejeros jesuitas en los círculos más cercanos a la corte véase Lozano Navarro, J., *La Compañía de Jesús y el poder…*, *op. cit.* Para el caso concreto de la reina Margarita de Austria, véase Pérez Martín, M. J., *Margarita de Austria, Reina de España*, Madrid, Espasa, 1961; Sánchez, M., *The Empress, the Queen and the Nun. Women and power at the Court of Philip III*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1998, pp. 71-103.

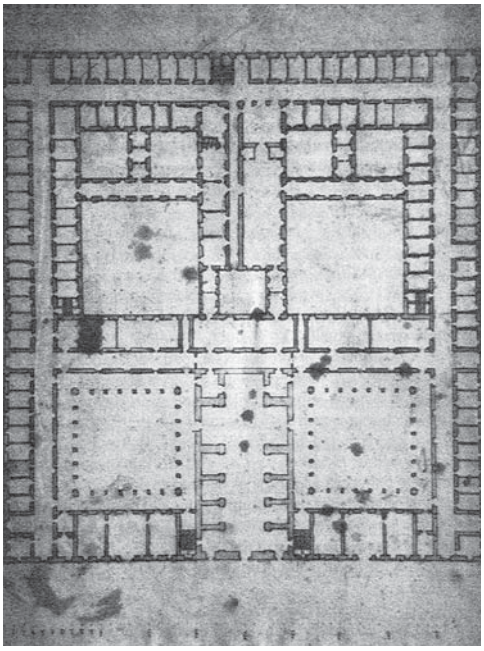

Fig. 7. Alberto de la Madre de Dios: Planta para el Colegio de Salamanca.

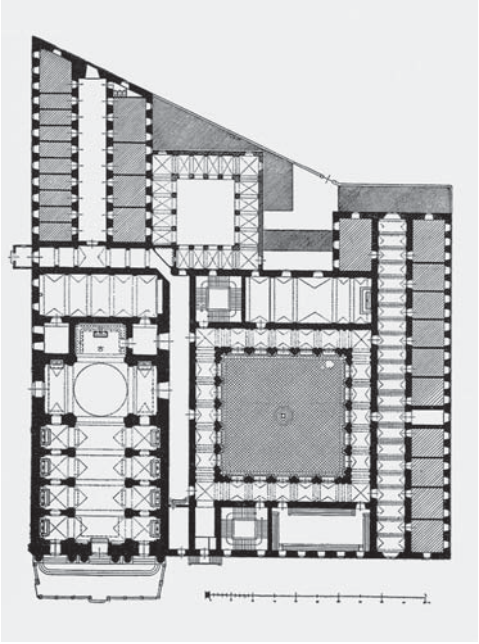

Fig. 8. J. Gómez de Mora: Planta del Colegio de Salamanca según Otto Schuvert).

Eligieron como emplazamiento la ciudad de Salamanca, cuya famosa Universidad podía ser un nutrido semillero de vocaciones a la Compañía. La enorme construcción se alargó desde 1617 hasta después de expulsada la Compañía por Carlos III en 1767. En un principio se diseñó la traza universal del edificio, que, como en el colegio de Monforte de Lemos, se componía de la iglesia en el centro y dos pabellones en torno a dos patios a cada uno de sus lados. Por detrás se desarrollaban otros dos patios divididos entre sí por una crujía central, y todo el edificio estaba incluido dentro de un enorme rectángulo [fig. 7]. Esta traza la encontró Fernando Marías y la atribuyó al Arquitecto Real Juan Gómez de Mora.[21] Creo que esta primitiva traza fue original del carmelita fray Alberto de la Madre de Dios, arquitecto entonces de los reyes en sus fundaciones religiosas, como se deduce de los documentos que he manejado. Ahora bien la construcción de la iglesia y el edificio es cierto que fueron encomendados finalmente a Gómez de Mora, que dirigió la obra hasta su muerte, y éste, al considerar que para construir todo el lado oriental de la traza del carmelita hubiera sido necesario arrasar una porción del terreno en el que estaba enclavada la pro-

[21] MARÍAS, F., «El primer proyecto de Juan Gómez de Mora para el Colegio de La Clerecía de Salamanca», en *Tiempo, espacio y arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa,* Madrid, Editorial Complutense, 1994, I, pp. 469-480.

pia Universidad salmantina, se vio en la necesidad de modificar aquella planta, configurando la actual, que sitúa la zona oriental con su patio, destinada a la comunidad de jesuitas que atendía al culto de la iglesia, por detrás de ésta [fig. 8]. A ella es a la que se atuvieron todos los sucesores de Gómez de Mora como maestros de la obra, incluidos los del XVIII, entre ellos algunos tan célebres como Joaquín de Churriguera y Andrés García de Quiñones. Pero no voy a seguir paso a caso el lento proceso constructivo, que ya expuse en una extensa monografía [fig. 9].[22] Lo que aquí me interesa únicamente subrayar es la inflexión estilística que se produjo a la largo de esa construcción, pasándose del clasicismo herreriano al barroco. Responsables fueron, en primer lugar, el arquitecto jesuita gallego Pedro Mato, quien a mediados del siglo XVII barroquizó la fachada y la cúpula de la iglesia, en connivencia con los arquitectos, también jesuitas, del Colegio Imperial de Madrid, Pedro Sánchez y Francisco Bautista. Este último, en concreto, que era especialista en erigir cúpulas seguras, se trasladó desde Madrid para aconsejar a su colega Pedro Mato sobre el levantamiento de la del colegio de Salamanca, que por llevar tambor y ser construida toda ella de piedra ofrecía especiales dificultades [fig. 10]. La culminación barroca vino en el siglo siguiente, cuando

Fig. 9. Detalle del interior y cúpula de la iglesia de Salamanca.

Fig. 10. Fachada y cúpula de Salamanca.

[22] RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A., *Estudios del Barroco Salmantino: el Colegio Real de la Compañía de Jesús,* Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1985. Una revisión ha sido hecha recientemente por diversos autores desde distintos puntos de vista: VV.AA., *El Colegio de la Compañía de Jesús en Salamanca (Universidad Pontificia). Arqueología e Historia*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2000.

Fig. 11. Patio de las Escuelas del Colegio de Salamanca.

se levantó la mitad occidental del edificio. Aunque se respetaron externamente los austeros y descarnados volúmenes con que había sido edificada el ala oriental del colegio, el interior, con la impresionante construcción del patio de las escuelas de mano de Joaquín de Churriguera, y de la escalera, portería, aula magna y torres de la iglesia por Andrés García de Quiñones, el edificio adquirió un perfil absolutamente distinto [fig. 11]. En el año 1784 se dio por concluido el gigantesco edificio con el levantamiento por Jerónimo García de Quiñones de la portada y portería, en un exaltado estilo barroco, portada por la que se penetraba en el colegio, distinta de aquella por la que se accedía al ala oriental del edificio, destinada a residencia de los padres y profesores y diseñada con sobria austeridad por Gómez de Mora.[23] En la actualidad el enorme edificio alberga a la Universidad Pontificia del Episcopado español.

[23] La decoración e iconografía del Aula Magna han sido revisadas en el libro de la profesora Ruiz Maldonado, M., *El Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2009, y algunas precisiones sobre la intervención de Andrés García Quiñones en la construcción del imponente patio y escalera del pabellón de las Escuelas han sido realizadas en el artículo «Los inicios profesionales de Andrés García de Quiñones: su actividad en Portugal y Ciudad Rodrigo», que se publicará en breve en la revista *Goya*.

Iglesias de planta centralizada: oval y octogonal

El esquema de la llamada por antonomasia en los manuales «iglesia jesuitica», es decir la iglesia de planta de cruz latina con amplia nave, única o acompañada por criptocolaterales con tribunas encima, cúpula con o sin tambor en el crucero y ábside plano, que fue habitual en los templos castellanos de la Compañía, se rompió en algunas ocasiones que queremos mencionar. En realidad en un muestrario oficial de tipos de iglesias para la Compañía, realizado por el P. Giovanni de Rosis en 1580 por orden del P. General Everardo Mercuriano, se preveían también con flexibilidad iglesias de planta ovalada y circular. Debe recordarse a este respecto que el propio Jacopo Barozzi da Vignola llegó a presentar para la iglesia madre de El *Gesù* de Roma un modelo de templo elíptico. Son tres los casos que vamos a examinar en Castilla donde se empleó por los jesuitas este nuevo tipo de planta centralizada, el último de ellos de extraordinaria importancia. Al fin y al cabo ya R. Wittkower tipificó a estas iglesias como de nave única congregacional, solamente que «inflada» por los lados, con lo que cumplían los requisitos del *modo nostro* al poner a los fieles en directa comunicación con la capilla mayor a fin de obtener una perfecta visibilización del altar.[24]

En primer lugar, el templo del colegio de San Albano o de los Ingleses en Valladolid. Fue, como ya recordé, uno de los varios seminarios que los jesuitas abrieron en España para la formación de sacerdotes ingleses, escoceses e irlandeses que, de retorno a su país, habían de predicar la fe católica aun a riesgo de sufrir por ello el martirio. Fundado en 1589 con la protección de Felipe II, al principio contó con una pequeña capilla donde se veneraba la imagen de Nuestra Señora de la Vulnerata, que había sido sacrílegamente profanada y bárbaramente mutilada por los herejes ingleses durante el saqueo de Cádiz de 1596. El nuevo templo se debió a los desvelos del P. Manuel de Calatayud, a quien se le antojó tomar como modelos las iglesias de la Hermandad del Refugio de Madrid (ahora San Antonio de los Alemanes), que había diseñado de forma simplemente elíptica el jesuita hermano Pedro Sánchez, así como el templo de las Bernardas de Alcalá de Henares, también de planta elíptica pero rodeada de una corona de capillas, debida a Juan Gómez de Mora. Tomó apuntes de ambas y los envió en 1671 a Salamanca para que el hermano Pedro Mato trazase la planta y los alzados en toda regla. La obra, externamente de ladrillo e interiormente revestida de profusas yeserías barrocas, fue realizada por maestros locales [fig. 12]. Sobre los arcos de acceso a las capillas anulares se abrieron tribunas, y al fondo del eje longitudinal se colocó la capilla mayor y abierta a ella el camarín de la Virgen de la Vulnerata. De esta manera todo el dispositivo del cuerpo

[24] Wittkower, R., «La iglesia de planta central y el Renacimiento», en *La Arquitectura de la Edad del Humanismo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1955, pp. 9-38.

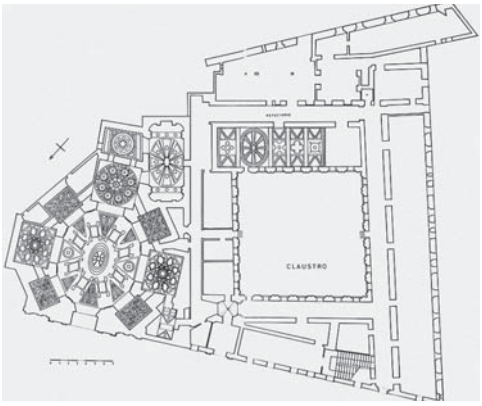

Fig. 12. Planta del Colegio de San Albano de Valladolid.

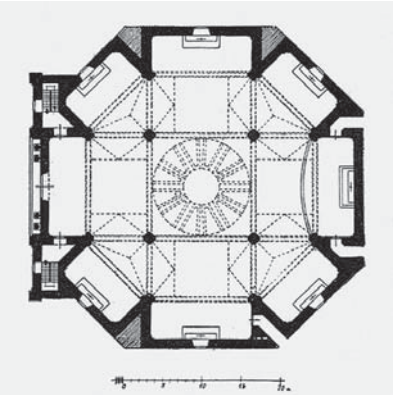

Fig. 13. Planta de la Iglesia del Salvador de Burgos.

elíptico de la iglesia, concebido al modo de la gran nave congregacional propia de otros templos de la Compañía, estaba dirigido axialmente desde la puerta de acceso hacia el camarín de la devota imagen para provocar su veneración.[25]

La iglesia del antiguo colegio de San Salvador de Burgos es también de planta centralizada, en este caso un octógono, debido sin duda a la arraigada tradición local que desde el gótico gozaba este tipo de planta en la región burgalesa. Esta singular iglesia, hoy parroquia de San Lorenzo, sucedió a otro templo anterior, más modesto pero de la forma convencional en la Compañía, pues tomó como modelo la del mencionado colegio de Medina del Campo. La nueva fundación llegó de manos de la acaudalada familia de doña Francisca de San Vitores de la Portilla, quien en su testamento de 1606 otorgó la suma de 25.000 ducados para tal efecto. Sin embargo, la iglesia y el nuevo colegio no se comenzaron hasta 1684. Fueron sus tracistas y constructores los arquitectos cántabros Bernabé de Hazas y Francisco del Pontón Setién. El templo se emparenta genéticamente con las construcciones de forma ochavada que se diseminaron por la ciudad y provincia a partir de las capillas del Condestable y de la Concepción o de Acuña en la catedral [fig. 13]. Su núcleo está formado por cuatro pilares que sostienen los arcos torales sobre los que apea una media naranja. En torno a los pilares se despliega una nave anular y en un segundo anillo se disponen las ocho capillas rectangulares y, frente a la puerta de entrada, la capilla mayor. Las bóvedas son todas de la misma altura, como en las Hallen-kirchen góticas, y los

[25] Martín González, J. J., *Arquitectura barroca vallisoletana*, Valladolid, Diputación Provincial, 1967, pp. 98-106; Martín González, J. J. y De La Plaza santiago, F. J., *Catálogo Monumental de la Provincia de Valladolid. Monumentos religiosos*, Valladolid, Diputación Provincial 1987, II, pp. 267-305; Burrieza Sánchez, J., *Una isla de Inglaterra…*, *op. cit.*

pilares tan adelgazados que apenas turban la centralidad del espacio y la perfecta visibilidad desde cualquier punto de la capilla mayor.[26]

El Santuario de San Ignacio de Loyola y el modelo centralizado

El soberbio edificio del Santuario de Loyola, en las proximidades de Azpeitia (Guipúzcoa), merece extenso párrafo aparte, tanto por englobar dentro de sus muros la antigua casa solariega de San Ignacio de Loyola, cuanto por la novedad y excelencia de su arquitectura. Tratándose de la cuna del fundador de la universal Compañía, en el planteamiento del edificio no se dejó que tomaran parte los superiores locales de la Provincia jesuítica de Castilla, sino que el P. General, Giovanni Paolo de Oliva, tomó la iniciativa en Roma y trató de encargar los planos nada menos que a su amigo personal Gianlorenzo Bernini. Pero tanto el genial arquitecto como el propio P. Oliva fallecieron mientras se tramitaban los primeros pasos de la adquisición de los terrenos y planificación del sitio, y entonces el sucesor de Oliva, el P. Charles de Noyelle, encomendó dicha tarea al mejor discípulo y colaborador de Bernini, Carlo Fontana. De todas maneras es necesario precisar que la reina regente doña Mariana de Austria y su hijo Carlos II intervinieron tan decisivamente en la resolución de las innumerables trabas legales que obstaculizaron la cesión, primero, de la casa natal de San Ignacio a la Compañía y, luego, la adquisición de los terrenos necesarios para asentar el nuevo y enrome edificio, y de tal manera protegieron su construcción, que la Compañía les concedió el título de patronos del Santuario, éste llevó el título de Real y, por esta razón, los escudos de la monarquía española se prodigaron tanto en el exterior como en el interior del edificio [fig. 14].

Los primeros proyectos de Fontana originales no han podido encontrarse, aunque sí una copia de ellos, que publicó y analizó el profesor alemán y especialista en dicho arquitecto, Helmut Hager [fig. 15].[27] La verdad es que Fontana nunca estuvo en España y, aunque las líneas generales de su proyecto se conservaron, la construcción, que duró innumerables años (desde 1688 hasta mucho después de expulsión de la Compañía de España en 1767), corrió siempre en manos de otros arquitectos y maestros de obra. El primero de ellos fue

[26] García Rámila, I., «Típicas fundaciones burgalesas. El patronato de los Sanvitores de la Portilla sobre el antiguo Colegio de la Compañía de Jesús de Burgos», *Boletín de la Institución Fernán González*, 179, Burgos, 1972, pp. 241-265; Ballesteros Caballero, F., «El retablo mayor del antiguo Colegio de la Compañía de Jesús de Burgos», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología,* XL-LI, Valladolid, 1975, pp. 273-281; Rodríguez G. de Ceballos, A., «La arquitectura religiosa y sus cambios tras el Concilio de Trento», en *El arte del Renacimiento en territorio burgalés*, Burgos, Universidad Popular, 2008, pp. 81-97.

[27] Hager, H. «Carlo Fontana and the Jesuit Sanctuary at Loyola», *Journal of the Warburg and Cortauld Institute,* 37, Londres, 1974, pp. 280, 289.

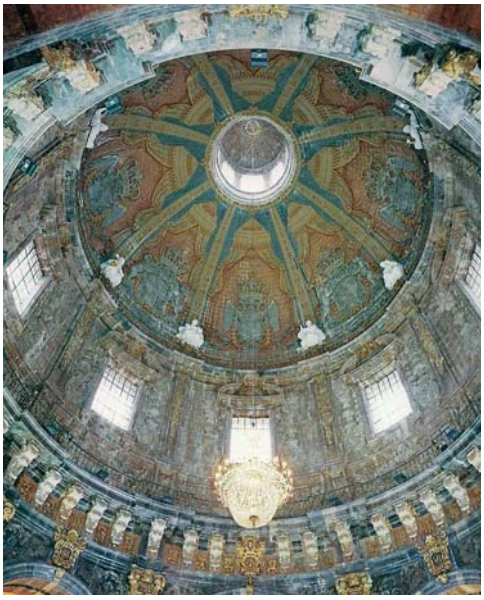

Fig. 14. Interior de la cúpula de Loyola.

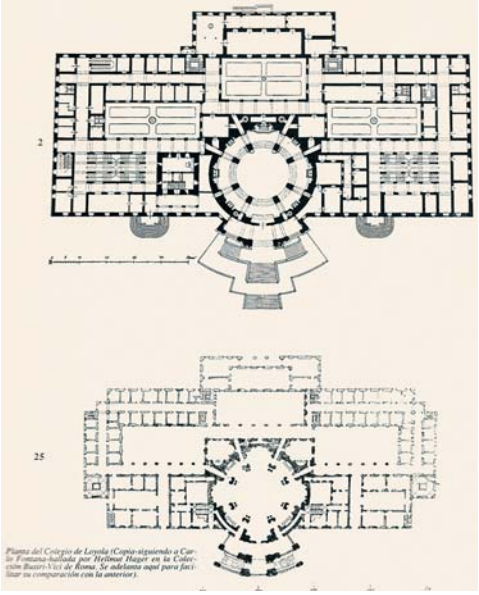

Fig. 15. Proyecto original de Fontana para el Santuario de Loyola y planta actual según Otto Schuvert.

el jesuita belga hermano Jean Legrand, que fue enviado desde los Países Bajos por orden del P. General para dirigir la construcción. Pero después de su temprana muerte todos los demás directores de la obra fueron importantes maestros vascos, como Martín Zaldúa y Sebastián de Lecuona,[28] contando a veces, en los difíciles problemas técnicos que planteaba la construcción de los arcos circulares de la iglesia circular y de la erección de la cúpula, con el asesoramiento de arquitectos castellanos, como Joaquín de Churriguera, maestro de la catedral de Salamanca y del Colegio Real de la Compañía en la misma ciudad, y fray Pedro Martínez de Cardeña, maestro a la sazón de la catedral de Burgos. Los maestros de obra guipuzcoanos introdujeron bastantes modificaciones en el proyecto original de Fontana, particularmente en el terreno ornamental, en el que destacaron los insignes maestros retablistas y adornistas Ignacio y Francisco de Ibero en la fase final del proceso constructivo, de manera que el edificio resultó definitivamente una mezcla entre el barroco clasicista italiano y el decorativismo casticista del barroco español [fig. 16]. Se detecta este proceso de revestimiento decorativo particularmente en la iglesia, tanto en la fachada exterior como en el tambor y calota de la cúpula. Además se introdujo en el retablo y en la capilla mayor el uso de magníficos paneles compuestos por la

[28] Vease Astiazarain, M. I., *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, vol. II, 1988.

Fig. 16. Fachada de la Iglesia de Loyola.

Fig. 17. Interior y retablo de Loyola.

mezcla de mármoles de distintos colores, tan raros en la zona que, según los documentos, Ignacio de Ibero hubo de ser enviado a Zaragoza para aprender esta técnica [fig. 17].[29] Todo el proceso constructivo ha sido ejemplarmente estudiado gracias al afán de varios investigadores recientes, y por ello no me voy a detener en él.[30]

Sí quisiera, en cambio, demorarme en explicar, en lo posible, la razón por la que Fontana eligió para la iglesia la planta centralizada, una rotonda cupulada rodeada por un ambulatorio circular que desemboca en siete capillas radiales, incluida la mayor. El tipo centralizado de templo se venía utilizando en Italia durante el Renacimiento no tanto por razones estéticas, como se ha venido tópicamente repitiendo, sino simbólicas, funcionales y de tipo litúrgico. El profesor noruego Staale Sinding-Larsen demostró, a través de muchos ejemplos, que el esquema centralizado circular o de planta de cruz griega no fue el habi-

[29] *Ibidem*, vol. III, pp. 47-54.

[30] Hornedo, R. M., «La Basílica de Loyola», *Miscelanea Comillas*, XXV, Santander, 1956, pp. 1-54; Eguillor, J. R., «La intervención de Joaquín de Churriguera en la construcción de la basílica de Loyola», *Boletín de la Sociedad Vascongada de Amigos del País*, Azcoitia, 1977, pp. 441-450; Astiazarain, M. I., *El Santuario de Loyola*, San Sebastián, Diputación Foral, 1988; vol. III, pp. 47-54; Hornedo, R. M., y Eguillor, J. R., *Loyola. Historia y arquitectura*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1991, y Guadalupi, G., Rodríguez G. de Ceballos, A. y Bérchez, J., *El Santuario de Loyola*, Bolonia, Franco Maria Ricci, 2006.

Fig. 18. Vista posterior del conjunto de Loyola.

tual del Renacimiento, sino que se empleó exclusivamente en templos muy concretos: sepulcrales, martiriales y de peregrinación donde se veneraba una insigne reliquia o una imagen muy venerada a causa de su origen milagroso y porque otorgaba continuos favores.[31] Pues bien, el Santuario de Loyola no había de levantarse sobre la tumba de San Ignacio, que estaba sepultado bajo el espléndido altar de Andrea Pozzo en el Gesù de Roma, pero sí paredaño a la casa donde el santo había nacido y se había convertido a Dios, iniciando el camino de la santidad. Por otra parte, a él se trasladó con el tiempo una importante reliquia suya, parte de su cráneo, para el que se había reservado un pequeño camarín detrás del altar mayor. De ahí, barrunto que Fontana eligiese la planta circular para el Santuario en la esperanza de que se convirtiera, como así sucedió, en un importante foco de peregrinación desde los lugares vecinos.

[31] Sinding-Larsen, S., «Some functional and iconografical aspects on the centralized Church in the Italian Renaissance», *Institutum Norvegiae. Acta ad Artium Historiam pertinenentia*, II, Roma, 1965, pp. 203-356; Wittkower, R., «La iglesia de planta central y el Renacimiento», en *La arquitectura de la Edad del…*, *op. cit.,* espec. pp. 34-38.; Lotz, W., «Spazi ovali nelle chiese del Cinquecento», en *L'Architettura del Rinascimento*, Milán, Electa, 1977, pp. 15-88; Rodríguez G. de Ceballos, A., «La planta elíptica de El Escorial al clasicismo español», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma*, II, Madrid, 1990, pp. 151-173.

La iglesia actúa como eje focal de todo el edificio de Loyola. A sus lados se construyeron dos enormes alas, de austera y sobria arquitectura, en una de las cuales quedaba englobada y oculta la casa medieval solariega de los Loyola, a cuyo último piso, donde estaba ubicada la llamada «Capilla de la Conversión» se accedía mediante una imponente escalera imperial. Por detrás de la iglesia, en un saliente, se dispusieron el comedor, la cocina y otras oficinas de la casa, y delante de ella un atrio semicircular de tres huecos al que se asciende por una escenográfica escalera que no estaba prevista en el proyecto inicial de Fontana. Algunos han querido ver en la totalidad del esquema la forma de un águila con las alas desplegadas en honor del animal emblemático de la Casa de Austria [fig. 18].

Dos advertencias para terminar. No me he referido, al tratarse de un coloquio sobre arquitectura, nada más que a la arquitectura de las iglesias de los jesuitas en Castilla, aunque comprendo que no se entiende la arquitectura de una iglesia en abstracto sino complementándola con los retablos, altares, imágenes, pinturas, mobiliario litúrgico, etc., que le dan pleno sentido y apuntan su dirección simbólica e iconográfica. También me hubiera gustado referirme no sólo a las iglesias, como se hace habitualmente cuando se estudia la arquitectura de la Compañía, sino también más ampliamente a los edificios donde habitaban los jesuitas. Es cierto que muchos no se conservan o han sido profundamente alterados, pero la arquitectura de los que perviven y algunas planimetrías de los que han desaparecido permiten un análisis más detallado del que normalmente se les dedica, distinguiendo primeramente los diferentes tipos de estos domicilios, no todos iguales en su planteamiento en razón de las diferentes funciones que debían desempeñar, y después analizando sus diversos componentes y a las características peculiares que los distinguieron de los de otras órdenes y congregaciones religiosas.[32] Algo de todo esto se ha podido vislumbrar, sin embargo, a los largo de esta páginas, pero hubiera requerido más tiempo para haberlo desarrollado a plena satisfacción.

[32] Sobre este asunto remito a Rodríguez G. de Ceballos, A., *La Arquitectura de los Jesuitas*, Madrid, Edilupa, 2002, pp. 1-20; véase además Rodríguez G. de Ceballos, A., «La arquitectura conventual. Tipologías y espacios», en *Celosías. Arte y piedad en los conventos de Castilla-La Mancha durante el siglo de El Quijote* (catálogo de la exposición), Toledo, Comunidad de Castilla-La Mancha, 2006, pp. 75-87.